

Winters dio clase, después de pasar tres años postrado en cama con tuberculosis en Santa Fe.

Nuevo México, el sur profundo, Baltimore, Washington y, por fin, hacia abril, de nuevo Nueva York. Miss Moore, supuse, habría regresado a casa. Luego de escribirle desde Washington, recibí esta respuesta: «¿El lunes 25 por la tarde, señor Tomlinson? ¿Hacia las tres y media? Me desalentó pensar que había desperdiciado una oportunidad para encontrarme con usted. Estoy construyendo un tren..., nada muy ceremonioso.» El 23 de abril llegó una segunda nota: «¿Le abrumaría mucho venir a verme el lunes 25 por la mañana hacia las once o las once y cuarto, hablar durante media hora o poco más, y hacia mediodía acompañarme a un pequeño restaurante cercano para almorzar (un lugar de confianza, aunque no precisamente pacífico o espacioso). Discúlpeme de antemano.

*De ningún modo* deseo perderme un encuentro con usted, habiéndomelas arreglado tan mal como para haber estado incapacitada durante más de un mes, con promesas aplazadas que se han multiplicado y tareas que se me aseguran son perentorias asediándome de manera muy descortés. Creo que la mañana del lunes es el momento más tranquilo de que dispondré en los próximos días, hasta que usted deje Nueva York. Las tardes no son buenas para visitarme... hacia el atardecer me siento croar como una rana y regresan vestigios de la fiebre y la laringitis del pasado mes.

(Me alegra añadir, no obstante, que no soy contagiosa ni represento una amenaza fisiológica)...».

Esa mañana, de hecho, fue su vivacidad y no su laringitis la que demostró ser contagiosa. Fue una vivacidad intermitente que hubo de luchar contra los efectos persistentes de la enfermedad y la creciente debilidad de la edad. Por momentos su rostro parecía plena y ajadamente inerte, como si toda la energía se hubiera desvanecido. Una sonrisa transformaba entonces su fragilidad, incorporándola a la corriente de la vida. No he vuelto a visitar esa parte de Brooklyn desde aquella mañana de abril de 1960, y a menudo me he preguntado si sus fachadas de madera y sus balcones columnados han sobrevivido. El bloque de apartamentos en el número 260 de Cumberland St. tenía un frente de piedra con una puerta maciza y pesada. Miss Moore vivía en el quinto piso, en aposentos agradablemente desordenados. Entre sus cuadros vi tres reproducciones de obras de Blake, los rinocerontes de Durero, una fotografía de Eliot de niño y, debajo, miradas de animales, entre ellos un leopardo de cerámica, un elefante y un abridor de cartas de madera en forma de cocodrilo, hecho por un paciente mental como parte de su terapia. Con destino a su colec-

ción le di una pequeña tortuga negra tallada en el pueblo de Santa Clara, en Nuevo México.

Por alguna razón –tal vez porque yo había escrito sobre él y ella lo había citado en ‘An Octopus’– Ruskin fue el escritor sobre el que más hablamos. «Lo sabía todo, ¿verdad?», dijo. Recordaba haber ido de muchacha con su madre a ver la casa de Ruskin en Coniston: el ojo de su mente retenía aún la memoria de una pluma de pavo real que había pertenecido a Ruskin y una acuarela del Tirol pintada por él. Pensé de inmediato en ‘The Steeple-Jack’ y el verso *as Dürer changed/ the pine tree of the Tyrol to peacock blue...* («mientras Durero cambiaba/ el pino del Tirol a un azul de pavo real...»), preguntándome si la memoria habría reforzado la escritura de aquellas palabras. «Existe un hermoso retrato de Ruskin», comentó. «Creo que está en las *Memorias* de Millais. La verdad es que Ruskin lo ha dicho todo. Veamos si puedo encontrar ese libro». Aunque en vano, lo buscamos entre otros muchos volúmenes polvorientos mientras ella aireaba sus juicios y prejuicios literarios: «Nunca me gustó Mallarmé... ¿Samuel Beckett? No hay nada que *encontrar* en Beckett... ¿La revista *Time*? Verdaderamente aborrezco la existencia de *Time* desde que me traicionaron revelando mi dirección. Le di mis señas por teléfono al entrevistador, y cuando la entrevista apareció incluyeron también las señas. Desde entonces he sido perseguida por estudiantes que no paran de pedirme información. ¡Y mire usted esta hoja mimeografiada!». Era un poema encabezado con la frase: «Esto es mejor que lo que usted puede hacer, Miss Moore». «Y bien, señor Tomlinson, ¿cómo se encuentra usted después de un viaje tan largo?». La pregunta fue realizada tan de improviso, con tal empeño e intensidad, que me oí a mí mismo replicar, para mi horror y contra mi voluntad, que había tenido problemas dentales. Tal vez mi respuesta no se debiera del todo a su solicitud sino también al hecho de que en ese preciso momento me dolía una muela. «Entonces», replicó, «le daré treinta dólares. Sé cómo son nuestros dentistas». Le aseguré que no había ninguna necesidad, que pronto estaría de vuelta en Inglaterra, donde todo era más barato. «Se lo enviaré de todos modos», respondió; «estoy segura de que no ha sido barato para usted y su esposa cruzar este continente». Para mi alivio, la conversación regresó al ámbito de la poesía. Me explicó con gran detalle cuáles de mis poemas le gustaban, y entre ellos se hallaba el de Ruskin. «Sabe usted hallar una conclusión sin forzarla. Ése ha sido siempre mi problema. Y por esta razón corto sin medida». Ésta parecía una buena oportunidad para mencionar algo que había tenido en mente desde hacía tiempo. «Me sorprendió», le dije, «después